

mite al narrador ahondar por el lado del inconsciente su identificación del arte con una anárquica santidad negra.

Aparece, entonces, un segundo retrato ejemplar del artista como niño mimado cuyo destino es huir de la madurez y refugiarse en un paraíso incestuoso y alcohólico que lo devuelva al mundo prenatal de la disolución, de la confusión materno-filial. La cirrosis provocada por el alcohol hace que el hígado del adulto se torne infantil y, siendo el hígado el intermediario entre el feto y la madre, el etílico queda como un adulto con un hígado de niño, a mitad de camino entre una adultez insopportable y desprotegida (falta el útero) y un retorno a las seguridades del seno materno.

Este descenso a la historia elemental del sujeto lo pone en contacto con el País Olvidado, suerte de Paraíso Perdido que sólo puede evocarnos con una escritura amorfa, sin signos de puntuación, lejana imagen de un fluido verbal y deseante anterior al incesto. Del País Olvidado no se puede hablar, es un espacio inefable que funge como núcleo de la novela, es lo prohibido o lo sagrado que se alude muy oblicuamente, el sujeto tachado por la interdicción primordial del incesto. Emborracharse, escribir, cultivar la degradación cirrótica, son metonimias de este lugar. Vagamente, se sabe de una culpa (el Pecado Original, tal vez), cuya imagen es la violación de una mujer con el sexo coronado de espinas: prueba de iniciación en la virilidad, responsabilidad por un evento inexistente que adquiere su imagen en una escena de placer, ansiedad de castración y castigo.

El final es el principio: Expósito vuelve al mundo de los filisteos, es expuesto nuevamente por su padre iniciático, Jacobo Fiksler. Es presumible que su sed no se apagará, porque el vino que busca sólo se produce con las uvas del Arbol del Paraíso, que era una vid. Dionisos y Cristo, el divino borracho y el supliciado divino, han subido a este árbol.

Variantes de Robinson

Robinson, junto con Don Quijote y Gargantúa, es el fundador de la modernidad. Tiene sentido, pues, cuando ésta decae, recuperarlo como un modelo de libro a simular. Tal es la propuesta de Rafael Conte en *Robinson o la imitación del libro* (Trieste, Madrid, 1985, 279 páginas). Todos conocemos a Conte como crítico cotidiano, fiel cumplidor de la deferencia hacia las novedades, atento al lector desatento del periódico y al número de líneas que recortan los implacables secretarios de redacción. Pero advierto a quien lea estas páginas que confundirlo con el autor de nuestro libro sería ceder a una fatal superstición de la tipografía, según previene Borges.

Conte (el del libro) propone desarmar las estructuras de cualquier género y no someter al lector un libro, sino una sugestión de escrituras de las cuales debe hacerse cargo el lector mismo. Si esto no ocurre, el artefacto del texto se inmoviliza. He aquí una tarea para lectores muy activos, muy protagónicos, muy despabilados, de ésos que siguen practicando la secreta religión de la lectura: por lo mismo que algu-

na vez fue un fasto público y hoy acontece en las catacumbas, encona sus ritos y afila sus doctrinas como nunca.

La escena es nocturna. Ya sabemos: Mallarmé nos lo viene diciendo desde hace más de un siglo. El escritor debe esperar a que la Ciudad apague sus luces y sus habitantes duerman. Duerme la mujer junto a su niño y, calle por medio, duermen los buenos ciudadanos, duermen los filisteos, duermen borrachos y canallas, santos y enfermos. Hasta duerme un crítico literario llamado Rafael Conte. *La verdad es el sueño de la verdad, y sólo de noche puede llegar a conocer la inutilidad del conocimiento.*

Una luz solitaria define la página en blanco y, en el gran silencio del mundo, entre cosas incontablemente borradas, surge la voz ¿la voz de quién? ¿Quién es ese otro que dicta, dictador del cual el escritor es apenas amanuense y el maquillador que retoca puntos sombríos del discurso para presentarlo en sociedad?

El amanuense se siente Robinson, recién llegado a una isla desierta, con un libro como único tesoro: el Libro, la Biblia que alude a los perdidos orígenes, tal vez a otra isla como ésta, terrible de ensimismamiento y virgen de historia. Una virgen terrible: la inocencia. Porque apelar a la robinsonada es apelar a la fantasía más honda, a la fantasía fundacional de toda cultura: refundarse en cada acto, repristinarse, sacudir polvo y paja de toda palabra hasta que alcance la desnudez del lenguaje (que no es la palabra) y esté a punto de servir como Voz del Otro.

Purificar la literatura hasta la exageración, hasta su misma aniquilación, consumida en la hoguera de sus signos imposible. Convertir de una vez las palabras en palabras.

Para esto hace falta liberarse, que es lo opuesto a convertir el pasado en historia: es, justamente, convertir la historia en pasado y la «vida» en un presente continuo, capaz de desembarazarse de la herencia histórica y proyectarse hacia un futuro auténticamente inédito, donde la memoria no repita sus melancolías ni intente glorificar sus fracasos.

Este texto es, plenamente, un texto postmoderno, si por tal entendemos, de una parte, la disolución de todo género anterior (la ópera generis sui) y, de otra parte, el rechazo a las categorías acumulativas y continuas: tiempo, espacio, historia, recuperación del pasado, memoria, unidad de los contrarios, análisis de un contenido que admite ser analizado porque ha sido hecho para analizarse. Posmodernidad de la actitud si se piensa como nostalgia de un tesoro cultural perdido por renunciado, de heredero que ha rechazado la herencia, acaso porque su peso se le hace insoporable y, en lugar de ayudarlo a vivir con la sabiduría de sus mayores, lo obliga a cargar con el sepulcro (modelo en piedra) de toda una cultura. Conte opta por la robinsonada: naufragar y llegar a flote a una isla desierta, con un solo libro que es todos los libros, el Libro.

Texto que estalla por falta de costuras formales, cultivo del fragmento, reverencia a la discontinuidad, he allí la moral de la escritura de Robinson: el reventón del pródigo que derrama su herencia por los incontables agujeros del lenguaje. Este queda

convertido en una criba por la que se escapa toda la harina, en una red casi traslúcida a través de la cual intentar ver el universo, en un telón de fondo del escenario que no puede ocultar la pared del proscenio y una claraboya que emblematiza al mal: por ella se siente el vértigo del infinito, las palabras pierden pie y el autor se precipita, o se deja llevar, con las congojas gozosas de la muerte, hacia una profundidad sin fondo. De nuevo, la noche.

Indistinción nocturna, falta de límites, pringue de la tiniebla: todo esto evoca a la madre y quedarse a solas con la isla, con la tierra que nos parió, tal vez sea, para Robinson, el «ahora o nunca» del niño incestuoso, que equivale al «era una vez» de los cuentos. Esta vuelta al útero en medio del mar de la escritura también es una refundación: recuperar la unidad originaria hijo-madre en un amnios de palabras, es la forma más cabal de empezar de nuevo la vida de la palabra. La isla es el vientre de una parturienta, al cual reingresa Robinson por medio del incesto (separación de la sociedad, mundo paterno; aislamiento en el mar; naufragio y posesión de la isla) para volver a ser parido, regenerado, a un mundo en que la palabra, sumergida en el olvido nocturno, renazca, matinal y limpia, para reconstituir otra historia. Y si no, que lo diga la dedicatoria del texto, la madre del autor. Robinson Conte llega a una isla en cuya entrada hay las únicas palabras del lugar: el nombre de mamá.

Posmodernidad es exaltación de lo simulado, de lo ficticio, de lo imitado. Si se prefiere, es estética de la parodia. No es parodiar sin decir, sino decir parodiando. Posmodernidad es aceptación de la imposibilidad de ser moderno. Si la modernidad fue creación, productividad «original» del autor, construcción de un texto que sintetizara la memoria del mundo y recuperara el tiempo perdido, posmodernidad es, precisamente, lo opuesto, pero un contrario que oculta su identidad porque se trata de salir a la calle disfrazado, a la fiesta de máscaras en que se ha transformado una vida promiscua, polucionadamente urbana, henchida de gente sin trabajo.

Buscar el tiempo perdido es al mismo tiempo huir de él sin poder abandonarlo. La mejor búsqueda resulta ser, entonces, la inmovilidad. Así el horizonte blanco.

La imitación del viaje (y no la invitación al viaje con que se inicia la poesía contemporánea), el horizonte en blanco, sin alba ni ocaso (y no la página en blanco como horizonte del deseo de escribir), abandonar el tiempo perdido, sin saber siquiera si se lo ha perdido, dejar en un mundo sin fantasías las imposibles vidas no vividas que conforman la herencia fantasmal de la historia, hacer del papel la isla de un periplo que no avanza ni retrocede, forma de aislarse discontinuamente de un mundo que no es nuestra parte como nosotros no somos parte de él.

Cuando Robinson llega a la isla desierta del lenguaje y se instala en el grado cero de la cultura, un instante anterior al incesto que la funda, está en condiciones de refundar el lenguaje. Un gozo que no alcanza a ser transgresivo, porque aún es noche de inocencia y el sol de la Ciudad no llegará para quebrarla, entibia la mano del escriba, bajo las estrellas que vigilan la isla abandonada por la historia: en esa tibieza de niño al fin a solas con la madre, el susurro robinsoniano crece sobre la

tierra deshabitada, sobre el mar sin navegantes, y tiene la impresión de que el mundo empieza de nuevo, liviano y dispuesto a la fiesta y al juego, cuando se echan a rodar los dados de la escritura.

El texto no sólo propone su propio desmontaje, sino que también se lo sugiere, imperativo, al lector. Este debe desmontarse, cambiar de identidad en cada tramo del libro «imitado», porque aquí la escritura juega al escondite y, para verla, hay que descubrirla, perseguirla por sus trucos y disfraces, sorprenderla cuando se cree más confiada, en cualquier caso: andar a salto de mata por el bosque donde Capucita atrae y, a la vez, huye, del Lobo Feroz, que es el lector, caníbal a más de rijoso. Quien no quiera tomarse este trabajo y jugar con Robinson, mejor es que no pase de la portada. Pero, en cambio, si tú, lector de esta cróniquita, perteneces a la encanada religión, a punto de extinguirse, de la lectura, entonces te será necesario compartir la isla.

Blas Matamoro